nido. ¿Adónde había de ir á parar con sus huesos un infeliz privado de todo movimiento? Por lo mismo tampoco nos causa molestia alguna. Es persona muy atenta y afable. Parece que se dedicaba al comercio, cuando una gran desdicha y su enfermedad le dejaron sin blanca, y há diez años que vive ahí en la mayor miseria, solo con Andrea, su hija. ¡Una criatura celestial! Ella lo hace todo en la casa: barrer, guisar, lavar....., en fin, todo. Y cuidar á su padre, al cual tiene que llevar de una parte á otra en una especie de carretón, y hasta que ponerle el pan en la boca. ¡Y cómo le cuida! ¡Con qué agrado y ternura! Como se cuida á un niño de pecho. En un desierto únicamente se ven hoy estas cosas.

EL CONDE.

Cierto que ya se encuentra poco de eso en el mundo.

DON LORENZO.

¡Calla! Juanito, se le han saltado á usted las lágrimas.

JUANITO.

Enjugándose los ojos con el pañuelo.

¿Qué quiere usted? ¡Soy tan sensible! En oyendo referir algo tierno....., á pesar mío, se me llenan de agua los ojos.

EL CONDE.

¡Dichoso usted que en nada se parece á la mayor parte de los jóvenes de su edad!

JUANITO.

Á los consejos de usted lo debo, señor Conde. ¡Usted sí que es bueno!

DON LORENZO.

Los dos son ustedes modelo de honradez, de.....

EL CONDE.

¡Modelo usted, señor don Lorenzo!

JUANITO.

Señor don Lorenzo, ¿qué mejor modelo que usted?

DON LORENZO.

Al Conde, con tono muy declamatorio, poniéndose de pie.

La verdad es que uno se diferencia bastante de la generalidad de los hombres, entregados hoy en cuerpo y alma al demonio. Ay, amigo mío, ¡qué mundo!

EL CONDE.

También con mucho énfasis y levantándose.

¡Qué sociedad!

JUANITO.

Como los otros dos.

¡Qué siglo!

DON LORENZO.

¡Rotos los vínculos de la familia!

EL CONDE.

¡Destruídos los cimientos del Estado!

JUANITO.

¡Hecha sistema la impiedad!

DON LORENZO.

¡Corrupción y desorden en todas las clases!

EL CONDE.

¡Los bribones dominándolo todo!

JUANITO.

¡Y en tanto los hombres de bien!.....

DON LORENZO.

Saca un cigarro de papel de la petaca y encienda un fósforo.

¡Para nosotros, los desdenes!

EL CONDE.

Saca una caja de rapé.

¡Los malos tratamientos!

JUANITO.

Saca un cucurucho de caramelos de uno de los bolsillos del traje.

¡La verdadera esclavitud!

DON LORENZO.

Con trágico acento, dejándose caer en la silla y sacudiéndose el cigarro.

¡Qué escándalo!

EL CONDE.

Con tono muy grave, sentándose y tomando un polvo de rapé.

¡Qué desdicha!

JUANITO.

Con tono lastimoso, cayendo de golpe en su asiento y metiéndose un caramelo en la boca. En este momento se ve por las rejas del foro á Andrea, que cruza el campo de derecha á izquierda, con un cantarillo de agua debajo del brazo.

¡Qué abominación!

DON LORENZO.

Señalando á las rejas.

¡Ah, miren ustedes! Por ahí va la hija del paralítico.

El Conde y Juanito se levantan.

EL CONDE.

¿Es aquélla?

JUANITO.

Santiguándose.

¡Ave María Purísima, y qué linda es!

DON LORENZO.

¡Divina! ¡Una cara de Concepción de Murillo!

Vése ahora á Damián cruzar el campo de izquierda á derecha. Salúdanse Andrea y él, y cada cual desaparece por su lado.

EL CONDE.

Y ese cojito que viene hacia aquí y la saluda, ¿quién es?

DON LORENZO.

Levantándose.

Oh, ése es mi escribiente, mi secretario, mi ma-

yordomo..... ¿qué sé yo? Una preciosa adquisición que hice pocos días antes de salir de Madrid.

EL CONDE.

¡Calla! Si no estuviera cojo, diría.....

DON LORENZO.

¿Qué?

EL CONDE.

Sí; es Ortiz.

JUANITO.

El mismo: Damián Ortiz.

DON LORENZO.

¿Le conocen ustedes? Me alegro. Yo le conocí cuando todavía era un niño, en casa de don Esteban Samaniego, militar honradísimo, íntimo amigo de su padre y mío también, y desde entonces he seguido tratándole con la mayor intimidad. ¡Un muchacho excelente!

EL CONDE.

¡Oh, inestimable!

JUANITO.

¡Oh, no tiene par!

DON LORENZO.

Eso sí; algo raro.

EL CONDE.

Sí, bastante raro.

JUANITO.

Sí, muy raro.

DON LORENZO.

Figúrense ustedes que pocos meses después de morir su padre se halló aquel mismo Samaniego con que le habían robado cinco mil duros de la caja del regimiento, que tenía á su cargo. ¿Quién dirán ustedes que fué el ladrón?